

para que el Colegio prospere, y renazca en todos la confianza. A los padres de familia que nunca la han perdido y nos conservaron á sus hijos en los días de prueba, les damos reconocidos las más sinceras gracias.

En cuanto á vosotros, jóvenes alumnos, que en la prosperidad y en la desgracia habéis permanecido á nuestro lado estudiando y adelantando, sufriendo los vaivenes con santa indiferencia, y perseverando con heroica constancia, el cielo no podrá menos que concederos la debida recompensa. Si por un lado me desconsuela vuestro reducido número, por el otro me animan el despejo con que habéis sustentado vuestros exámenes, vuestra disciplina y vuestro comportamiento. Llevad á vuestras casas los pequeños premios que os he distribuido como prenda de mi amor y mi satisfacción. Regresad al debido tiempo á vuestras tareas, y no olvidéis que os acompaña la bendición de vuestro Pastor.



HOMILÍA

EN LA SOLEMNE ORDENACIÓN CELEBRADA EN LA NUEVA CATEDRAL
DE CIUDAD VICTORIA EL SÁBADO SANTO DE 1879.



Confortare et esto robustus: tu enim introduces populum istum in terram, quam daturus se patribus eorum juravit Dominus.

Esfuézate y sé robusto: porque tú introducirás á este pueblo en la tierra que el Señor juró á sus padres que les había de dar.

DEUT. XXXI, 7.

LAS ceremonias anticipadas de esta noche santísima, largas de ordinario, y prolongadas hoy con la ordenación solemne, parece que deberían imponerme prudente silencio. Pero al mirar en torno mío, y contemplar sobre mi cabeza la bóveda recién acabada y á mi lado las ruinas de otro templo que aún no se derriba del todo; al ver enfrente al levita que acaba de ascender al sacerdocio, y más allá sacerdotes mayores que yo mismo en edad y en trabajos apostólicos; al oír

al principio de los divinos oficios, entonar por el joven lector la profecía sagrada, en que Moisés encomienda á un nuevo caudillo aquel pueblo que á él no es dado introducir en la tierra de promisión; al engolfarme, por último, en los pensamientos que tal espectáculo sugiere, y lanzar una mirada escudriñadora á lo porvenir, no me ha sido dado resistir al impulso vehemente de dirigiros palabras supremas de gozo, de admonición y de parabién.

Escucha, pues, nuevo presbítero, la voz del Pontífice que te ha conferido la dignidad sublime, que ya nada será capaz de arrancarte; oidme vosotros, ministros del Altísimo, que ya por ocho años he guiado á las batallas del Señor; óyeme, oh pueblo de esta ciudad, á veces fiel y á veces ingrata, cual los israelitas, á los beneficios de Dios. ¡Techo ruinoso, paredes medio demolidas del antiguo templo que durante lustro y medio ha sido mi única basílica! Prestadme sombra por última vez antes de desplomaros del todo. ¡Nave espaciosa que ahora por primera vez nos abrigas! Pues te veo terminada y me gozo en contemplar los arcos que te sostienen, haz vibrar con eco sonoro la salutación que te dirijo, ya que á tus hermanas, apenas iniciadas, no me será dado saludar con igual efusión.

No cuento, es cierto, los ciento veinte años que pesaban sobre Moisés, cuando dijo al pueblo de Israel: *No puedo más salir ni entrar, y mayormente que el Señor me ha dicho: no pasarás este Jordán. . . . y ese Josué pasará delante de tí como ha dicho el Señor.* (DEUT. XXXI, 2, 3.) Me siento, no obstante, culpable del mismo delito que impidió á Moisés entrar en la tierra prometida. Yo también, co-

mo él, he desconfiado alguna vez de que el Señor haga el milagro de gracia que se requiere para salvar á este su pueblo. Al ver los obstáculos que me impiden proveeros de sacerdotes, al mirar la incredulidad siempre creciente y el indiferentismo que asienta cada día más y más su reinado, he exclamado como el caudillo de Israel: ¿Acaso podremos hacer salir agua de esta árida peña? *Num de petra hac vobis aquam poterimus ejicere?*

A mí también, por consiguiente, considero dirigida la sentencia de Jehová: No pasarás este Jordán; *Jordanem istum non transibis.* Este pueblo que parece ahora tan duro y recalcitrante, al fin se convertirá al Señor su Dios; cultivará la Religión, amará la piedad, se mostrará obediente á los ministros del Altísimo, los socorrerá en sus necesidades temporales, contribuirá con generosas donaciones para los templos que edifiquen; pero tú no verás ese día, ni serás tú quien penetre con la nueva generación de santos, á esa tierra prometida que produce leche de buenas obras y miel de caridad: no, tú no pasarás ese río que divide á la raza actual sumergida en el indiferentismo, de esa nueva progenie que será mandada de lo alto: no pasarás este Jordán; *Jordanem istum non transibis.*

Pocos é inconstantes son los ministros que á duras penas consigues para apacentar tu disperso rebaño. Los convidas, y no te escuchan; apenas los sacas al desierto, cuando empiezan á llorar por las cebollas de Egipto; apenas los inicias en el trabajo apostólico, cuando desmayan, desfallecen, desertan. Esta situación no será permanente. Suscitaré ministros según mi corazón, fieles, esforzados, constantes. Los suscitaré en tal número, que

basten y sobren para distribuir el pan de la palabra á las multitudes cada día más hambrientas. Ellos conducirán á tus ovejas, que ahora vagan errantes sin dejarse encerrar en el aprisco, á esos campos fecundos y de pastos saludables adonde tú te empeñas en balde por llevarlos. Pero ni esos ministros ni esos fieles te verán á su frente cuando hagan su triunfal entrada en la tierra de promisión: *Jordanem istum non transibis.*

Te has afanado en vano por fundar sobre sólidas bases la fuente, el semillero de sacerdotes que sucedan á los presentes en los trabajos apostólicos que ya van minando su salud y sus fuerzas. Ni una vocación se ha logrado; ni un sacerdote nacido en tu territorio ha recibido la unción sagrada. Has logrado hacinar piedras materiales, cimentarlas y formar con ellas digno edificio; pero las piedras espirituales, ¿dónde, dónde se encuentran? No será permanente esta situación anormal. Las madres de familia se ablandarán y entregarán á sus mejores hijos para el Santuario. El edificio espiritual se construirá más sólido, más vasto, más hermoso que el que has visto iniciarse y elevarse majestuoso en tu capital; pero esta feliz transformación no serás tú quien lo gre mirarla: *Jordanem istum non transibis.*

Fundaste un hospital en una de tus principales ciudades; cayeron luego con insólita abundancia las aguas del cielo, y el ímpetu del engrosado torrente arrebató en una noche la reciente fábrica, sin dejar piedra sobre piedra del piadoso edificio. Casi al mismo tiempo caían parcialmente derribados por el huracán y las lluvias otros templos recién adornados; y tu catedral, aunque sin graves contratiempos, avanza á paso lentísimo, sin que sea

posible augurar su próximo coronamiento. Todas las ruinas se levantarán, todos los escombros desaparecerán, las bóvedas y cúpulas de esta Basílica no tardarán en verse cerradas; pero no serás tú quien goce de tan bello espectáculo, ni acabarás de edificar mi casa y mis atrios. Un río caudaloso y sin vado te separa de esta época de gracia y de felicidad, y no te será dado pasarlo: *Jordanem istum non transibis.*

¿Qué hacer, Hermanos é Hijos míos, cuando me agobia tan terrible sentencia? El Señor, misericordioso en medio de su justicia, me ha conducido hoy, como á Moisés, á la cumbre de una montaña, de donde puedo ver á lo lejos la tierra prometida. En mi nueva Basílica acabo de ungir al quinto sacerdote de los que han consagrado mis manos para Tamaulipas. Es una sola nave, sí, pero ya terminada, la que me abriga en este día solemne; y me circundan, vestidos con el talar ropaje del eclesiástico, mis seminaristas, cuyo número aumenta y me hace concebir esperanzas. Veo delante de mí arrodillado y devoto al pueblo de mi capital, y su recogimiento me recuerda á lo vivo los espirituales triunfos alcanzados en la última pastoral visita. Lo pasado y presente me deja entrever lo porvenir; y sabedor de que no he de gozar yo mismo del fruto de mis fatigas, os congrego como Moisés al pueblo todo de Israel, y poniendo delante de vosotros al clero que he empezado á formar, y que ha de ser quien os conduzca á la tierra prometida, le digo en la persona del que acabo de consagrar: esfuérzate y sé robusto, porque tú introducirás á este pueblo en la tierra que el Señor juró á sus padres que les había de dar; *Confortare et esto robustus, tu enim introduces populum*

istum in terram, quam daturus se patribus eorum juravit Dominus. Oye, pues, nuevo Levita, mis solemnes admoniciones; escúchame, oh pueblo, y sé dócil á mis palabras; recoge, oh nuevo edificio, y guarda mis últimas bendiciones.

I

Esfuerzos sobrehumanos y fortaleza inquebrantable necesita, en verdad, todo ministro del Altísimo. Aunque se halle rodeado de fieles dóciles y obedientes, piadosos y llenos del espíritu de Cristo, el sacerdote que ha de guiarlos al cielo es preciso que ejerza sobre sí propio continua vigilancia, no sea que, como dice el Apóstol, mientras salva á sus hermanos, él mismo miserablemente perezca. Puesta la mano en el arado es indispensable que siga adelante sin vacilar, que ni siquiera vuelva atrás la vista, que desprecie los ardores del sol y la inclemencia del tiempo; de otra suerte jamás llevará á cabo la obra empezada, y lo abrumará terrible ruina.

Recuerda, oh nuevo sacerdote, las palabras que te fueron dirigidas por el Pontífice, al ser incorporado al gremio de los Levitas: "No es nuestra guerra contra enemigos débiles de carne y de sangre, lo dice el Apóstol de las Gentes; tenemos que luchar cuerpo á cuerpo con los príncipes y potestades de las tinieblas; y á la tribu de Leví de la Ley Nueva, toca como á la del Antiguo Testamento, marchar á la vanguardia y defender el atrio del Templo." ¡Ah! desde entonces se te pudo decir: esfuerzate y sé constante, *confortare et esto robustus*; sin un valor indómito, sin una robustez á toda prueba, no podrás llevar á cabo tu sublime misión.

Hoy, al ascender un grado más en la jerarquía eclesiástica, te ha recordado la Iglesia la obligación que te incumbe de mostrarte anciano en virtud y en prudencia, en madurez de consejo y en constancia en tus propósitos; á semejanza de aquellos setenta y dos esforzados varones que escogió Moisés para que le ayudaran en el gobierno de Israel. ¡Ardua tarea, por cierto: ser joven por los años y anciano por las obras! De grandes esfuerzos has menester, y al ungirte presbítero no puedo menos que repetirte: *confortare et esto robustus*.

Pero no es tu misión, ni la del clero que he empezado á formar, como podía serlo en alguna de nuestras antiguas diócesis ó de los grandes centros cristianos de nuestro país. Es más ardua, más peligrosa, más arriesgada; pero también más meritoria y más sublime. No os bastan á vosotros las virtudes ordinarias del sacerdote; se requiere toda la actividad, toda la fortaleza, toda la constancia del misionero y del Apóstol, porque aún tenéis que pasar el Jordán, y en medio de mil obstáculos y contradicciones, convertir á un pueblo aún no suficientemente evangelizado, y llevarlo á la tierra de promisión.

Confortare et esto robustus, dijo Moisés á Josué al anunciarle su próxima muerte; y el Señor, dignándose hablar al nuevo caudillo de su pueblo, *confortare et esto robustus*, repitió: esfuérate y sé robusto, porque tú introducirás á los hijos de Israel en la tierra que les he prometido, y yo seré contigo. Muere Moisés; es tiempo de marchar; da Jehová la orden de pasar el Jordán, y la acompaña con la solemne admonición que resonaba há poco en nuestros oídos en el lenguaje de la Iglesia. Esfuérate y sé robusto, dice al hijo de Nun; esfuérate, pues, y sé

robusto mucho, repite: *confortare et esto robustus valde*, para que cumplas toda la ley que te mandó Moisés mi siervo.

¡Nuevo sacerdote, jóvenes eclesiásticos que habéis dejado vuestros hogares para venir en pos de mí á trabajar en regiones al parecer estériles, pero que vuestros sudores apostólicos no tardarán en fecundar! Pues vosotros terminaréis la obra que á mí solo concede el Señor iniciar; pues vosotros recogeréis el fruto de mis fatigas al par que de las vuestras, dejad que yo os diga una y mil veces en nombre del cielo: Esforzáos y sed robustos; muestren vuestros hechos que sois verdaderos varones apostólicos y que nada os arredra cuando se trata de predicar el Evangelio: *confortamini, estote robusti, viriliter agite*.

Atraviesan el Jordán los israelitas bajo las banderas del esforzado Josué; la Fé, que no las armas, hace caer los muros de Jericó; el Señor está con sus siervos, como lo ha prometido, y triunfan sin dificultades, merced á la divina protección. Sale de la ciudad tomada con pequeño destacamento, para conquistar á la vecina Hai, defendida por poquísimos enemigos. Pero alguno ha prevaricado en Israel; el Señor ya no socorre á su pueblo, y un puñado de Amorréos hace volver las espaldas y acuchilla sin piedad á tres mil guerreros. “Señor Dios mío, exclama Josué cubriéndose el rostro de rubor; Señor Dios mio, ¿qué diré viendo á Israel volver las espaldas á sus enemigos? *Domine mi Deus, quid dicam videns Israelem hostibus suis terga vertentem?*”

Bien puedo, Hermanos míos, comprender el dolor del atribulado caudillo; porque yo también he visto á los